



Un destornillador



para irnos centrando por lo menos en algo tangible y concreto de utilidad consensuada y específica; aunque también podíamos buscar una cajita de chinchetas, para clavar en la pared alguna de las “obras de arte” realizadas con el fin de tapar los churretes que quedaron en ella cuando tuvimos que mandar quitar el aparato de aire acondicionado — todo el mundo sabe lo que es tener vecinos que lo denuncian a uno por cualquier bobada —, o un ovillo de bramante tan útil para no se sabe qué pero del todo imprescindible cuando lo que se está queriendo es, por ejemplo, rescatar uno de los muchos gatos callejeros que por accidente se caen al patio de la iglesia de los curas de Oquendo.

Ninguno se ha caído, sin embargo, por fortuna, en los últimos meses; y el bramante lo vimos ayer mismo en el cajón de las cucharas.

En cuanto al destornillador — que, ya decimos, también podía estar siendo el objeto buscado — hallámonos en condiciones de afirmar que está bajo control porque nos lo encontramos cada día al tirar del cajón de la cómoda en que guardamos el cable del teléfono móvil enredado, casi siempre, con una cinta métrica amarilla y la correa de un reloj que no nos ponemos porque, además de marcar siempre las once y veinticinco, con el roce de la hebilla nos sale un sarpullido que nos tiene todo el rato rascándonos...